

Oh María, socorro de los cristianos, ro-
gad por el Tibeth!

Práctica.—Recitar las *Letanías de la San-
ta Virgen.*

DIA XVIII.

MATRIMONIO DE ESTER.

I.

Al ver á Ester el rey Asuero, la amó
mas que á todas las vírgenes que le habian
sido presentadas. Su hermosura, su modes-
tia, su candor, ganaron de tal manera el
corazon del rey, que le puso en la cabeza
la diadema real y la hizo reina en lugar de
Vasthi. Para celebrar su matrimonio y las
nupcias de Esther, dió un festin de una in-
creible magnificencia á los príncipes de su
corte y á todos sus oficiales. El gran rey
no se conformó con esto. A fin de asociar
á su alegría todas las provincias de su vas-

to imperio, disminuyó los impuestos é hizo presentes dignos de la munificencia real.

II.

El matrimonio de Ester, nacida en la buena religion y fiel adoradora del verdadero Dios, con un príncipe idólatra, no debe sorprendernos y menos todavía escandalizarnos. Semejante alianza no tenia nada de ilícita. Al dar su ley á su pueblo, Dios no prohibió mas que los matrimonios entre los cananeos y los hijos de Israel. "No contraereis matrimonio con ellos, dijo en el *Deuteronomio*. No dareis vuestras hijas á sus hijos, ni aceptareis á las suyas para los vuestros" (1). Además, Ester y Mardocheo estaban persuadidos de que la Providencia dirigia todo este negocio para convertir á Asuero en favor de los judíos, y salvarles así del exterminio meditado por Aman.

1. VII. 3.

III.

Convertida en reina omnipotente, Ester continuaba obedeciendo á Mardocheo, como le obedecia cuando era pequeñito y cuidaba él de su infancia. En todo se conducia segun sus opiniones. Así es que siguiendo sus órdenes, no descubrió á nadie, ni aun al rey, ni su país ni su pueblo. Por su obediencia filial, Ester se atrajo las bendiciones de Dios; y por la fidelidad en guardar su secreto aseguró de antemano, como lo hemos hecho presentir, el éxito de la elevada mision que le estaba reservada.

IV.

Sabemos que Mardocheo era uno de los grandes oficiales del palacio. La Providencia, que consigue sus fines con tanta dulzura como fuerza le habia conservado en esta dignidad. Por una parte le ponía en posicion de dar fácilmente á Ester los consejos de que necesitaba; por otra parte ella era para él un medio de saber todo

lo que pasaba en la corte. Un día que estaba á la puerta del rey, oyó que á dos chambelanes colocados en la primera puerta del palacio, y que cuchichiaban entre sí. Esos chambelanes se llamaban Tharés y Bagathan. Mardocheo prestó atención, y describió que aquellos dos oficiales trama-
an un complot para asesinar á Asuero.

V.

Quién había podido inspirarles este proyecto culpable? Según la tradición, esos dos oficiales querían deshacerse de Asuero, á fin de trasportar el trono á Aman, á quien la historia de Ester nos dará á conocer bien pronto. La prueba de que era el amigo y el factor de los dos conjurados, está en que no perdonó nunca á Mardocheo el que los hubiera denunciado. "Aman dice el texto sagrado, quería perder á Mardocheo y su pueblo, por los dos chambelanes que fueron sentenciados á muerte y ejecutados."

VI.

Sea lo que fuere, al conocer su proyecto Mardocheo, se apresuró á prevenir á la reina Ester. Esta advirtió al rey en nombre de Mardocheo del aviso que se le había dado. Se hicieron pesquisas y fué descubierto el complot. Confesaron su crimen los culpables y fueron ahorcados. Asuero ordenó escribir todo esto en la historia de Persia y en los anales de su reinado para que pasara el acontecimiento á la posteridad sin alteracion ninguna.

VII.

Natural es creer que bajo un monarca genérico como Asuero, el valor y fidelidad de Mardocheo seria recompensado inmediatamente con grandes favores. Pero la Providencia no permitió que fuera así. Sin embargo, inspirando á Asuero el pensamiento de hacer escribir el importante servicio de Mardocheo, difiriendo la recompensa debida á tan leal servidor, decia fi-

nes de su sabiduría infinita. Ya lo veremos en los acontecimientos subsiguientes.

Reflexion.—La modesta Ester, hija de Judá, elevada por Asuero á la dignidad de reina, y sentada en el primer trono de Oriente, es, segun los Santos Padres, la figura trasparente de la humilde María, esa otra hija de Judá, elevada por el rey de los reyes á la dignidad de Reina de los ángeles y de los hombres, y sentada en el cielo en un trono mil veces mas brillante y sólido que todos los tronos de la tierra. (1)

Ester debió su elevacion al afecto de Asuero, cautivado por sus castos atractivos. En su belleza virginal, en su humildad y sus demás virtudes, hay que buscar la causa de la predileccion de Dios hácia María y de su elevacion. Valiéndose del arcángel San Gabriel, le dijo: Yo os saludo, llena de gracia. Y él mismo le dijo tambien: Hermana mia, mi esposa, habeis

[1] S. Bonavent., In speculo, I. VIII.

atado mi corazon por un solo cabello de vuestra cabeza: sois muy hermosa, mi bien amada. Venid y sed reina: *veni coronaberis*. No lo olvidemos: vuestras virtudes serán la medida de vuestra gloria.

Elevada á reina, Ester continuó escuchando los consejos de Mardocheo y obedió fielmente sus órdenes. Hé aquí á la Santa Virgen, Reina del cielo, no ha olvidado María que es nuestra hermana. Su vida y su corazon siempre están abiertos para escuchar á los que la invocan. Como su divino Hijo tambien, ella hace la voluntad de los que le aman: *Voluntatem tuorum de faciet*. Para recompensar su celo en honrarle, le prometió la vida eterna: *Qui elucidant me vitam aeternam habebunt*. Como la recompensa de Mardocheo, los favores que pidamos podrán esperarse algunas veces: no perdamos la confianza, seguros de que no son diferidos sino para que no sean concedidos mas brillantes y dulces.

Invocaciones.—Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo: no sigais irritado contra nosotros.

Oh María, socorro de los cristianos rogad por la Corea.

Práctica.—Adorar con unidad un altar de la Santa Virgen.

DIA XIX.

AMAN.

I.

Habia en la corte de Asuero un personaje ambicioso, intrigante, vengativo, ávido de honores y riquezas, de esos que nunca faltan en los palacios de los reyes. Ese personaje se llamaba Aman. Era amacelita de nacion y de la raza de Agag. Los amacelitas formaban un pueblo inmediato á la Judea, descendiente de Esaú por Amalú, su nieto, y encarnizado siempre contra los israelitas. Dios ordenó á Saul exterminarlos. Este rey les declaró la guerra y los desafió: pero contra lo dis-

puesto por Dios, perdonó á Agag, su rey. Esta desobediencia le hizo perder su corona que Dios pasó á David. Sin embargo, no escapó Agag de la pena de muerte que sobre él pesaba. Por órden del Señor, la sufrió de manos de Samuel en el valle de Galgala.

II.

Ninguna revelacion que comprometiera á su cómplice Aman, hicieron los dos chambelanes conspiradores ántes de morir. Todos los reyes están espuestos á ser engañados, y Asuero entregó su confianza á un hombre que era muy poco digno de ella. Hizo á Aman su primer ministro, y lo distinguió entre todos los príncipes de su corte. A ejemplo del terrible Nabucodonosor, los monarcas babilóuicos se veian como dioses y exigian que se les rindieran honores divinos. Iban mas léjos todavía. En su orgullo se abrogaban el derecho de hacer de sus ministros dioses de segundo

órden, ordenando que se les adorara hincando la rodilla delante de ellos. El decreto que elevaba á Aman á la primera dignidad del imperio prevenia la adoracion de todos.

III.

Los tres infantes arrojados al fuego por no haber querido adorar la estátua de Nabucodonosor; Daniel precipitado en la cueva de los leones por haber adorado otro dios que Darío, nos enseña que la pena de muerte promovida contra los que se negaran á rendir á criaturas miserables los honores que solo se deben á Dios. Así es que todos los grandes de la corte de Asuero, príncipes, oficiales, chambelanes, cortesanos, se apresuraron á adorar á Aman, el nuevo dios, hincando la rodilla delante de él cuando le hablaban ó le veian pasar. Solo Mardocheo permanecia de pié é inmóvil.

IV.

No tardó mucho tiempo en hacerse notable su conducta. Los oficiales que estaban de guardia á la puerta de palacio le dijeron: "Por qué no obedecéis como los demás lo órden del rey?" Mardocheo no contestó. Los días siguientes volvieron á la carga, y no cesaron de dirigirle la misma pregunta. Entónces Mardocheo, fiel á su Dios como á su rey, les dijo francamente y sin ningun respeto humano: "Soy judío, y mi religion me prohíbe rendir honores divinos á otro que no sea Dios." Aquellos se apresuraron á advertir á Aman, deseando saber si Mardocheo perseveraría en su resolucion.

V.

Lo supo Aman y comprendió que Mardocheo no doblaría la rodilla ni le prestaría adoracion, lo cual lo hizo encolerizarse. No solo pensó vengarse de Mardocheo. Como acababa de saber que era este judío,

resolvió esterminar á la raza toda, esparcida entónces en todas las provincias del reino de Asuero. Sin perder un instante, hizo hechar en su presencia, en la urna destinada á aquel uso, la suerte llamada *phur* para saber el mes y el dia en que deberían perecer los judíos. Esto pasaba en el primer mes del año, llamado Nisan, y la suerte designó el mes duodécimo, llamado Adar. Corria el año doce del reinado de Asuero y quinto de la elevacion de Ester.

VI.

Doce meses entre el edicto de proscripcion y la ejecucion era demasiado. Ciego de rabia, Aman no reflexionó en que semejante intervalo dejaria á Mardocheo, cuya influencia no podia negar los medios de conjurar la ruina que amenazaba á su raza. Fuerte con la respuesta del oráculo, fué á buscar á Asuero y le dijo: "Hay un pueblo, disperso en las provincias de vues-

tro imperio, cuyos miembros, viviendo separados unos de otros, no pueden ofrecer una seria resistencia á vuestras órdenes. Tienen leyes y ceremonias diferentes de las de todos los demas pueblos. Además, desprecian las órdenes del rey. Ahora bien, vos sabeis mejor que nadie cuánto importa no sufrir que la impunidad los haga todavía mas insolentes. Dignaos ordenar que perezca ese pueblo. Para recompensaros de los tributos que se sacan de esa nacion, me comprometo á introducir en vuestros tesoros la cantidad de diez mil talentos". (1)

Reflexion.—Cómo no admirar y venerar en Mardocheo el honor justo y valeroso que afronta altivamente el respeto humano y no teme mas que la ofensa á Dios? Cómo no ver tambien en Aman el orgulloso, el ambicioso, el conspirador sanguinario al demonio llamado gran homicida?

(1) Mas de veinte millones.

Aman se irrita contra Mardocheo porque éste le niega un homenaje que solo es debido á Dios; es el demonio furioso contra el alma inocente y fiel. Aman forma el proyecto de hacer perder á Mardocheo y todo su pueblo: es el demonio que conspira mi ruina y la ruina de todo el pueblo cristiano.

Toma Aman todas las medidas convenientes para la realizacion de su plan. Hoy mas que nunca pone en puga el demonio todos los medios de perder á las almas y destruir la Iglesia. Pero Aman habia contado sin Ester. En sus proyectos de exterminio, olvidaba satanás á la divina Ester, que personalizaba á María, á quien el Siglo XIX invoca con tanto fervor. En el momento apetecido por la Providencia, es informada Ester de los proyectos de Aman y los destruye. Cuando llega la hora, la omnipotente reina del cielo y de la tierra se levantará, y con mas brillo que

nunca aplastará con su pié virginal la cabeza de la serpiente. Tal es la fé del mundo cristiano; que sea la nuestra. No cesaremos de orar, y esperemos confiadamente.

Invocaciones.—Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo; ya no esteis irritado contra nosotros.

Oh María socorro de los cristianos, rogad por el Japon.

Práctica.—Recitar la *Salve Regina*.

DIA XX.

EDICTO DE PROSCRIPCION.

I.

Aman hacia valer con sobrada habilidad é hipocresía, dos medios poderosos para conseguir el éxito. Por una parte la necesidad de vengar la autoridad del rey despreciada por los judíos; por la otra la promesa de llevar las arcas del tesoro. Donde podia encontrar el pérfido ministro las enormes sumas que anunciaban. La respuesta es bien fácil. Todos los bienes de los judíos debían ser confiscados. Aman se decia: Si el rey acepta este dinero, no perderá nada de sus rentas; si no lo acepta, me aprove-

charé de él, y esa inmensa fortuna aumentará mi poderío. Tal era su cálculo. Pero muy distinto era el de la Providencia.

II.

Quando Aman hubo dejado de hablar, Asuero sacó de su dedo el anillo con que acostumbraba sellar sus órdenes, y lo entregó á Aman, hijo de Amadatini, de la raza de Agag, enemigo de los judíos. El edicto de proseripcion, sellado con las armas del rey, se convertia en una ley inexorable que ninguno podia ni revocar, ni contrariar, ni eludir. "En cuanto al dinero que me habeis ofrecido, dijo Asuero, guardadle para vos; y haced de ese pueblo lo que querais."

Alegre con la alegría del tigre que tiene su presa, Aman hizo llamar á los secretarios del rey. Era el décimo tercio dia del mes de Nizan. Bajo el dictado de Aman, los secretarios escribieron á todos

los sátrapas del rey, á los gobernadores de las provincias y á los principales de las diversas naciones que componian el imperio de los persas, en tantas lenguas diferentes como era necesario para que el edicto fuera leído y entendido de cada pueblo, y las cartas todas fueron selladas con el anillo del rey.

III.

Hé aquí el tenor del edicto en toda la pompa del estilo oriental: "Asuero, el mas grande de los reyes, que reina desde las Indias hasta la Etiopía; á los príncipes y á los señores de las ciento veintisiete provincias sometidas á su cetro, salud:

"Aunque gobernando á una multitud de naciones y haciendo tributario de mi imperio á todo el universo, no he querido abusar de la grandeza de mi poder, sino que he gobernado á mis súbditos con clemencia y dulzura, para que pasen su vida

tranquilamente y sin temor, y gocen de la paz deseada por todos los mortales.

IV.

“Habiendo interrogado á los miembros de mi consejo de qué manera podría asegurar aun mas esas ventajas á los pueblos de mi reinado, uno de ellos llamado Aman, de mi reinado, uno de ellos llamado Aman, elevado por su sabiduría y su fidelidad sobre todos los demas y el segundo despues del rey, me ha dado aviso de que hay un pueblo esparcido en todas mis provincias que se gobierna por leyes diferentes, y que oponiéndose á las costumbres de todas las naciones, desprecia las órdenes de los reyes, y turba por la contrariedad de sus máximas, la paz y la union de todos los pueblos del mundo.

V.

“Informado de esto, y viendo que una sola nacion se subleva contra las demás, obedece leyes injustas, combate nuestras órdenes y turba la paz de las provincias

que nos están sometidas; hemos ordenado que todos aquellos á quienes designe Aman, que tiene la intendencia de todas nuestras provincias, que es el segundo despues del rey, y á quien honramos como á nuestro padre, sean condenados á muerte y ejecutados con sus mujeres y sus hijos el dia décimo cuarto de Adar, duodécimo mes de este año, sin que se tenga compasion con ninguno, á fin de que esos bandidos, bajando todos á la tumba en el mismo dia, devuelvan á nuestro imperio la paz que han turbado.”

VI.

Inmediatamente se despacharon correos á todas las provincias del imperio con el edicto, previniendo de antemano á las autoridades para que estuvieran dispuestos á acabar con los judíos el dia determinado, sin que se exceptuaran los viejos, las mujeres y los niños de cualquiera edad.

La matanza debia comenzar el dia décimotercio del mes de Adar, continuando el siguiente, en el que se entregarían al pillaje de todos sus bienes. Antes de que los correos llegaran á su destino, se fijó el edicto en Suse. Precisamente cuando se fijaba en todas las esquinas de la capital, Aman comia en el palacio con Asuero. Contento con el éxito que alcanzó su pensamiento, bebia con delicia las lágrimas que derramaban con abundancia los judíos residentes en la ciudad, esperando el deleite mas grande todavía de saciarse con su sangre y henchirse con sus riquezas.

Reflexion.—Aman hacia creer á Asuero que los judíos despreciaban sus órdenes y que estaban en un estado permanente de rebellion. Nada era mas falso. Todo se limitaba á que Mardocheo se negó á inclinarse delante de Aman, y esta negativa era bien legítima. Por semejante calumnia se condenaba á perecer todo un pueblo.

Los enemigos del pueblo de Dios, antiguo y moderno, son siempre los mismos, porque su jefe, el demonio, no cambia ni se disfraza. La mentira es su recurso, la crueldad su fin. Para hacer exterminar á los primeros cristianos, nuestros padres en la fé, se sirve de calumnias, que sus enemigos no inventaron contra ellos. Si hay carestía en el año, si la peste se ceba, si tiembla la tierra, si el Tiber se desborda, si los ejércitos del imperio sufren un descalabro, si una provincia se subleva, inmediatamente se grita por todas partes: los Cristianos al leon! *christianos ad leonem!* Ellos eran los de todos los crímenes.

Nada ha cambiado. Al decir de los impíos de nuestros dias, la Iglesia, el Santo Padre, los sacerdotes, los católicos son los enemigos de las luces, del progreso y de la libertad, sin ellos prosperaria el mundo y viviria feliz. Semejantes calumnias, repetidas diariamente, estraviaron á los pueblos

y los armaron contra la religion con un odio fanático, tanto mas temible quanto que es mas ciego.

Amau fijaba su edicto de proscripcion en los muros de Suse, y lo enviaba á todas las provincias. A su ejemplo, ellos fijan sus proyectos sanguinarios en las paredes de nuestras ciudades, y por sus periódicos los envían á los cuatro puntos del mundo. Pero como Ester vela por el antiguo pueblo de Dios, vela por el nuevo María. Confiemos pues á esta madre omnipotente y buena nuestros intereses, los de la sociedad y los de la Iglesia. Seamos verdaderamente sus hijos, y durmamos tranquilo á la sombra de sus alas.

Invocaciones.—Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, no esteis irritado contra nosotros.

Oh María, socorro de los cristianos, orad por la Cochinchina!

Práctica.—Recitar el *Sub tuum*.

DIA XXI.

MARDOCHEO.

I.

Mardocheo fué uno de los primeros que supieron la fatal noticia. Estaba en la plaza pública donde se habia fijado el edicto. Al ver aquella sentencia de muerte contra su nacion y contra él, se desgarró los vestidos, se puso un saco, se cubrió de ceniza la cabeza y comenzó á dar gritos lamentables. Tales eran las señales de duelo entre los judíos y los persas. Sollozando siempre, llegó á la puerta del palacio del rey. Allí debió detenerse, porque no era permitido pasar la puerta real vestido de luto.